

NUESTRA MISIÓN MÁS QUE UN TRABAJO ES UNA RELACIÓN ENTRE PERSONAS

Fernando Montes S.J.

Introducción

El sentido más hondo de la palabra **misión** es que ella necesariamente se refiere a una relación entre personas que se involucran en una acción. En el lenguaje corriente esto se ha desatendido y hasta olvidado. No comprender esto significa, a la larga, quitarle su más profundo sentido al término y cuando la palabra se usa en la actividad religiosa se transforma en un doloroso vacío. Limitar la misión a una tarea a cumplir, a prioridades o a objetivos a alcanzar, significa vaciarla de sus contenidos más profundos. Eso destruye la mística de la acción. Eso es particularmente grave al momento de formar los “agentes” encargados de ejecutar la misión. Este vaciamiento de los elementos relacionales convierte a los agentes en meros activistas. Se los prepara para un trabajo y no para un encuentro o un seguimiento; la idea de servicio se empobrece. Para un hijo de San Ignacio eso deviene en un olvido de la hondura de la contemplación en la acción y debilita las motivaciones. De este modo hay que tomar conciencia que la primera prioridad al definir una misión, la prioridad de las prioridades es profundizar la relación que está en la fuente. Esto es tanto más necesario cuanto hoy existe el peligro en transformar la misión en un mero trabajo. Consecuencia de lo anterior es que a la hora de la evaluación, esta debe orientarse primariamente a analizar la calidad y hondura de la relación entre personas que da origen a la actividad misionera antes que a la verificación de las metas alcanzadas.

El uso moderno del concepto de Misión y de Estrategia

La cultura post moderna profundamente centrada en lo económico tiende a orientar las organizaciones hacia el incremento de la productividad y la eficacia, maximizando los beneficios. Cada vez más en las empresas y organizaciones se utiliza el término “misión”.

Todas las organizaciones comienzan su presentación indicando la misión que tienen. Pero no es extraño que en estas circunstancias el concepto mismo se vea profundamente limitado a una sola dimensión. Se entiende hoy la palabra misión casi exclusivamente como el objetivo a alcanzar, las metas tras las cuales hay que ir. Se ha introducido en todo tipo de organización social la necesidad de racionalizar la acción y para eso se generan proyectos de desarrollo institucional y planes estratégicos creando prioridades, indicadores precisos más y más exigentes que permiten monitorear el progreso. Es frecuente que hasta las organizaciones religiosas se hayan visto forzadas a establecer dichos planes de desarrollo o apostólicos con prioridades, metas y estrategias.

En sí mismo eso no está mal y puede ser necesario, pero se corre el riesgo de empobrecer extraordinariamente otros aspectos, para nosotros esenciales, del concepto de misión hasta hacerlos prácticamente desaparecer. Es frecuente que las congregaciones establezcan planes apostólicos olvidando que en sus orígenes, su fecundidad y creatividad proviene de fuentes carismáticas más profundas. Siempre se alude a esas fuentes carismáticas pero a la hora de establecer prioridades, de fijar el modo como se actuará y de evaluar se olvidan.

La Compañía de Jesús, que pone en el centro de su razón de ser en el sentido de misión, debería ser particularmente sensible a todo estrechamiento en la comprensión de este concepto. De eso depende la fecundidad de su ministerio y hasta su mismo futuro.

La misión como vocación y envío

La palabra "misión" viene de del verbo latino "mittere" que significa enviar y por eso tiene en su esencia misma el sentido de un envío. Analizando y profundizando el sentido de la palabra nos encontramos con que ella crea una relación de cuatro términos: La persona que envía, aquel que es enviado, el encargo que se le da al enviado y finalmente en muchos casos el destinatario último y beneficiario de tal misión. De este modo la palabra misión significa actitudes, acciones y contactos entre diversas personas que se relacionan en una gran acción que tiene en su origen una vocación y un envío..

Hace ya varios años participé como sacerdote en una actividad misional de un grupo importante de jóvenes universitarios. Generosamente los participantes estaban entregando parte de sus vacaciones de verano para ir a anunciar el Evangelio en un sector agrícola muy pobre. Era un modo renovado y laical de las antiguas misiones populares. Ellos prepararon concienzudamente el contenido de sus actividades, las charlas, visitas a domicilio, representaciones teatrales, juegos infantiles, etc.. En medio de tales actividades en una reflexión grupal sobre lo que se estaba haciendo, me atreví a preguntarles quien los enviaba dado que ellos eran misioneros es decir enviados. Curiosamente todos me respondieron que no los enviaba nadie y que ellos venían por propia iniciativa, libre y voluntariamente. En ese momento comprendí algo muy importante: se nos había olvidado preparar a esos jóvenes en algo esencial: que ellos se sintieran elegidos y enviados por Jesús a difundir su palabra, que se sintieran parte de la misma misión del Señor. El sentido de elección y de misión entendida como envío estaba muy debilitado. El contacto con la fuente de dicha misión no había sido ahondado. Esto me pareció serio visto desde el punto de vista religioso. Curiosamente, pero en consonancia con lo anterior, me encontré con dos participantes que se declaraban no creyentes. La relación con Dios no parecía ser esencial para la acción que realizaban.

El correcto sentido de la misión en la visión ignaciana. “El modo nuestro de Proceder”

La misión no es sólo un objetivo o una prioridad, a menudo ella integra como elemento esencial el modo con que hay que proceder.. El modo de actuar, más que el objetivo, manifiesta la verdadera identidad de una persona o de una institución. El modo no es neutro y pude ahondar o deshacer la relación que crea una misión. San Ignacio era sensible a los “modos” de actuar y el Padre Arrupe retomó esta idea en su documento celebre “ el modo

nuestro de proceder” que no deberíamos olvidar. Llama la atención que al definir las misiones o al establecer planes y estrategias no se dé importancia entre las prioridades a los modos de actuar. En el cristianismo esto es esencial. Como decíamos la misión es una relación personal y no sólo un trabajo y pertenece a la esencia de la misión un **modo** de actuar, de relacionarse y hacer el trabajo. Cristianos y no cristianos debemos hacer los mismos trabajos, enfrentar parecidos desafíos... a menudo lo específico del cristianismo está en el modo.

Para entender la misión en su sentido ignaciano puede ayudar el análisis de las meditaciones centrales de los ejercicios y en particular la de la encarnación que presenta el modelo de todas nuestras misiones que es el envío del Verbo para salvar al género humano. La vocación de Jesús es modelo de la nuestra no sólo porque somos enviados como él sino porque se nos invita a hacernos parte de esa misma misión asumiendo sus mismos modos.

En la meditación de la Encarnación se describen los cuatro términos que señalábamos como esenciales a toda misión: Alguien que envía, un enviado, un destinatario y un “mandato” a ejecutar. El conjunto no se limita a un trabajo a ejecutar sino que constituye una relación estrecha entre personas. El mismo mandato estrecha las relaciones entre los participantes. En el caso de la encarnación el origen está en el Padre y la Trinidad que contemplan la humanidad. En el otro extremo está esa humanidad en “tanta diversidad de trajes como de gestos, unos blancos y otros negros, unos en paz y otros en guerra” etc. La humanidad es el destinatario. Mirando a esa humanidad Dios determina “que la segunda persona se haga hombre”; determina enviar al Hijo y se le dan una tarea: “salvar al hombre”. La tarea sólo podrá ejecutarse adecuadamente si el Hijo por una parte mantiene su relación profunda con su padre para testimoniar sus sentimientos y por otra si El se identifica con el hombre y lo ama con ternura hasta morir con él, por él y como él. Con ese mediador Dios hace suyos el dolor y la vida del hombre y el hombre alcanza la divinidad.

La misión del Verbo lo relaciona estrechamente con su Padre y lo relaciona con la humanidad y al mismo tiempo une la humanidad con Dios. Es una relación.

Jesús nos invita a hacer nuestra su misión, a acompañarlo...a “venir conmigo, a trabajar conmigo, siguiéndome en la pena para seguirme en la gloria.(Med. del Reino). En esa invitación es esencial aceptar e imitar **el modo** como actúa Jesús(Cf. Meditación de las banderas). Ese modo es parte de su misión. De tal manera esto es así que muchas veces los trabajos más insignificantes, los menos vistosos pueden tener mucha eficacia si se hacen al modo de Jesús. Esto difícilmente lo entenderán los estrategas de la eficacia.

San Ignacio nos relata en su diario espiritual las gracias recibidas para entender esto. La Trinidad confirma la misión que invita a predicar en pobreza(Diario Esp.n.15)... Para san Ignacio la misión es una relación personal que supone “acatamiento”(Ver obra completas de la BAC p.363 nota 28 y pag. 405 nota 271). Esto supone una relación íntima con la trinidad y una relación íntima y amorosa con la humanidad sobre todo con los sufrientes, los pobres y los débiles.

El modo ignaciano de entender la misión no hace sino asumir lo que nos dice San Marcos cuando narra la elección de los apóstoles por parte de Jesús. Jesús no se limitó a elegir

trabajadores aptos sino que escogió gente que pudiera acompañarlo, que no fueran siervos sino amigos y por eso Jesús “eligió a los que él quiso en primer lugar para que estuvieran con él y en segundo lugar para mandarlos a predicar”...en palabras de San Ignacio “quien quiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche”. La misión supone una vocación, identidad, contacto, una relación personal y amistad.

Instrumentos en las manos de Dios

Para una mejor comprensión de la misión a que se nos invita, san Ignacio utiliza numerosas veces la noción de “instrumento” tanto en las Constituciones de la Compañía como en otros escritos, en particular, en la carta de la perfección dirigida a los estudiantes de Coimbra. Obviamente que el uso del término “instrumento” es un símil, y se refiere a esa noción no pensando en herramientas inermes sino en seres humanos inteligentes que ponen todas sus cualidades y su libertad al servicio de una causa.

En su famoso tratado sobre las causas el Padre De Regnon, al definir la causa instrumental dice que el instrumento es una causa segunda y dependiente, y sin embargo de él depende toda la obra. Miguel Ángel al esculpir su famosa piedad necesitó un buen cincel y sólo así pudo hacer salir la escultura del bloque de mármol. Toda la obra dependió del cincel, sin él nada hubiese sido posible pero era necesario que el instrumento se dejara conducir por la mano del maestro. Para cumplir su misión el instrumento ha de tener dos características.

Por una parte debe tener sus propias cualidades, su propia virtualidad; debe ser de acero duro, afilado, firme, apto para recibir el golpe del martillo y transmitirlo a la piedra sin destruirse. Pero por otra parte para que sea útil el artista tiene que poder cogerlo para transmitir a través de él sus ideas geniales. El instrumento ha de tener un mango para que pueda ser asido cómodamente. Lo mismo pasa con el lápiz que utiliza el escritor. Ha de tener su propia virtualidad, una mina aguzada y a la vez tener una forma adecuada para que autor pueda cogerlo y transmitir al papel sus ideas. El instrumento actúa si tiene sus propias cualidades y si está unido al agente principal.

Usando este símil San Ignacio nos dice que tenemos que ser buenos y disponibles instrumentos en las manos de Dios. El Padre Julio Jiménez en un notable trabajo centró en esto la espiritualidad ignaciana. Esto supone que tengamos nuestras propias virtualidades, que nos formemos bien, que estudiemos, que nos hagamos lo más aptos posibles, que usemos correctamente todos los medios humanos. De ahí viene la larga formación que impone la Compañía. Dada la naturaleza de la misión de la Compañía el apóstol tiene que ser una persona que conozca a su pueblo, que hable su lenguaje para que pueda ser entendido, que conozca sus problemas, que se identifique con él y que sea reconocido.

Tratándose de seres humanos señala que como instrumentos tenemos que ser creíbles y por eso virtuosos y coherentes porque parte del trabajo es el testimonio. En dos palabras que adquiramos las máximas virtualidades, competencias posibles...pero sin olvidar jamás que todo buen instrumento debe dejarse tomar por el artista, - ese es el otro aspecto del buen instrumento- que “ los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se

rija bien de su divina mano son más eficaces que los medios que disponen para con los hombres, como son los medios de bondad y virtud y especialmente la caridad y pura intención del divino servicio y familiaridad con Dios Nuestro Señor” (Const. X parte n 813) .

En la noción de instrumento humano queda clara la importancia de la unión personal, de la relación que debe existir con el autor.

La misión como pasión

La misión religiosa que nos da Jesús es un seguimiento, no es solo una tarea, ella supone asumir el modo de actuar del Señor para cumplir las tareas encomendadas. Si la tarea es “salvar” al genero humano, humanizarlo, relacionarlo con Dios, el modo de ejecutar nuestra misión debe ser el de Jesús en pobreza y encarnación, identificándonos con los débiles, sufrientes y postergados, asumiendo su causa, respetando su libertad, sin amenazar, culpabilizar y menos condenar.

Nuestro trabajo apostólico es ante todo ser testigos, seguidores y dar el testimonio de una vida creyente, apasionada por Jesús, “siempre en contacto con Dios”, humilde, libre y cómo la de él profundamente compasiva y fraternal con todos. La relación ha de ser tan profunda que deberíamos ser capaces de dar la vida por ella. El nos encomienda mucho más que un trabajo y los frutos de esa relación humana no se pueden reducir a indicadores medibles. El modo apasionado de entrega hasta la muerte es parte esencial de nuestra misión.

La misión como identidad

Las misiones que se nos encomiendan normalmente nos ayudan a constituir nuestra identidad. Normalmente distinguimos a los hombres por su profesión y su trabajo. Quien trabaja en las minas es el minero y quien cuida la salud es el médico o el enfermero. El tipo de misión que nos da Jesús, por ser una relación personal debería definimos fundamentalmente por esa relación personal con él que nos envía y cuyo modo de actuar compartimos. Podemos trabajar en la educación o en la salud pero nuestra identidad más profunda no está en esos oficios, no está en el trabajo. Nos definimos por el modo como actuamos, como discípulos, compañeros.

El llamado a compartir la misión no nos aniquila como personas. Por una correcta comprensión de lo que es un instrumento viviente debemos velar por tener todas las cualidades, todas las competencias posibles para ponerlas al servicio. Una nota del buen instrumento humano es la verdadera libertad que lo hace capaz de discernir, y el no contentarse nunca con la mediocridad. San Ignacio llamaba a eso Magis...

En toda planificación y en toda evaluación que quiera ser fiel a Ignacio deberíamos ser principalmente sensibles a ver si cumplimos el modo de Jesús tal como lo muestran Las banderas y el Reino. Nuestra misión en su esencia es una relación más que una tarea y hemos de calibrar la calidad de dicha relación.

